

GARCILASO Y LA MÚSICA

Mariano Calvo

Los versos de Garcilaso tienen vocación de canto y melodía como fruto de quien fue al mismo tiempo músico y poeta dentro del cabal arquetipo de caballero renacentista que él encarnó. “El caballero más hermoso y gallardo de cuantos componían la corte del emperador Carlos V”, como de él dijo un contemporáneo.

La moda del siglo XVI imponía a los caballeros cortesanos, entre otras, la condición musical: “Habéis de saber, señores —dictaminó Baltasar de Castiglione en “El Cortesano”, libro que Garcilaso ayudó a traducir a su amigo Boscán—, que este nuestro cortesano, a vueltas con todo lo que he dicho, hará el caso que sea músico; y demás de entender el arte y cantar bien por el libro, ha de ser diestro en tañer diversos instrumentos. Porque, si bien lo consideramos, ningún descanso ni remedio hay mayor ni más honesto para las fatigas del cuerpo y las pasiones del alma que la música, en especial en las cortes de los príncipes, adonde no solamente es buena para desenfadar, más aún para que con ella sirváis y deis placer a las dama, las cuales de tiernas y blandas fácilmente se deleitan y enternecen con ella.”

En el siglo de Garcilaso, poesía y música se practicaban, a menudo reunidas, como uso social y cultural de la clase aristocrática. El buen cortesano debía saber tañer instrumentos y no sólo las piezas más simples sino también madrigales y composiciones complejas. El propio Garcilaso se convirtió, tras su muerte, en un motivo recurrente de los repertorios melódicos utilizados en los cenáculos cortesanos.

En el plano literario, Garcilaso supuso para nuestra poesía la asimilación plena de la modernidad, la incorporación a la lírica española de la brillantez y elegancia de las formas renacentistas italianas y un golpe de timón estético hacia nuevos horizontes de laica belleza. En una España aún sumida en fórmulas literarias medievales, Garcilaso irrumpirá con sus limpios y elegantes endecasílabos, poniéndolos como ramos de aroma paganizante a los pies de un obsesivo dios: el amor; y de Italia nos traerá, en bandeja repujada de mitología, toda la luz renacentista de Toscana, el candor bucólico de Virgilio y el amoroso apasionamiento de Petrarca.

Garcilaso, que cumplió ejemplarmente con el molde de gentilhomme renacentista, fue un habitual frecuentador de los instrumentos musicales y no menos asiduo de las fiestas cortesanas donde la música y el baile tenían un papel preponderante. Se sabe que contaba entre sus pertenencias con un laúd y una vihuela, y el cronista González de Oviedo dice de él que “era gentil músico de arpa e buen caballero e le vi tañer algunas veces”. Por su parte, el primero de sus biógrafos, Fernando de Herrera, escribió que “fue muy diestro en la música y en la vihuela y arpa con mucha ventaja”. Y el poeta italiano Tansillo, que trató a Garcilaso en Nápoles y trabó con él lazos de amistad, lo cantó con un bello soneto que nos informa de que el concepto de Garcilaso como arquetipo de caballero renacentista tenía circulación ya entre sus contemporáneos. En el retrato que traza del poeta, la cítara (“*la cetra*”) tiene lugar destacado ya en el primer verso: “Spirito gentil, che con **la cetra al collo**,/ la spada al fianco ognor, la penna in mano”...

Un apunte biográfico de Tomás Tamayo de Vargas lo define como “el más lucido en todos los géneros de ejercicios de la corte y uno de los caballeros más lúcidos de su tiempo; honrado del Emperador, estimado de sus iguales, favorecido de las damas, alabado de los extranjeros y de todos en general”. Pero es Álvaro Cienfuegos el que, ya en el siglo XVIII, consolidará, con retórica de oropel barroco, la fijación definitiva del mito: “De Toledo vino a la Corte del Grande Carlos V, adonde se hizo expectable en los ejercicios más espirituosos de caballero, singularmente en manejar la espada y el caballo. Era garboso y cortesano, con no sé qué majestad envuelta en el agrado del rostro, que le hacía dueño de los corazones no más que con saludarlos; y luego entraban su elocuencia y su trato a rendir lo que su afabilidad y su gentileza habían dejado por conquistar. Ningún hombre tuvo más prendas para arrastrar las almas, habiendo dispuesto la naturaleza un cuerpo galán y de proporcionada estatura para palacio de la majestad de aquella alma. Adorábale el pueblo, y sus iguales o no podían o no se atrevían a ser émulos porque el resplandor de sus prendas deslumbraba a la envidia dejándola cobardes los ojos con la mucha luz, o del todo ciegos.”

Las alusiones musicales siembran los versos de Garcilaso pero la Canción V “A la flor de Gnido” constituye toda una exaltación del poder de la música, propio de quien conoce su mágica potencia y de quien, en definitiva, la ama: “Si de mi baja lira / tanto pudiese el son, que en un momento/ aplacase la ira/ del animoso viento/ y la furia del mar y el movimiento”... canta el poeta, augurando que si su lira poseyera el poder de la de Orfeo no lo usaría en alabanzas de gestas militares sino en cantar la belleza de “la flor de Gnido”, de la que su amigo Mario Galeota se halla enamorado, para conseguir así para éste el amor de su desdeñosa amiga. Precisamente, la palabra esencial del primer verso del poema, “lira”, dará nombre a esta composición poética que Garcilaso adaptó a nuestra lengua y que los poetas del Siglo de Oro español utilizarán con profusión.

Es probable, aunque no tenemos prueba de ello, que Garcilaso compusiera música para algunos de sus poemas o que incluso escribiera versos expresamente para ser cantados al arrimo de la vihuela o el laúd. Así parecen sugerirlo ciertas coplas, canciones o villancicos dedicadas a glosar temas amorosos y cortesanos. En cualquier caso, la dulce modulación de sus versos sugiere que nacieron de una inspiración musical tanto como poética, y seguramente debamos atribuir a ese oído musicalmente entrenado el que Garcilaso consiguiera aclimatar prodigiosamente la musicalidad del endecasílabo italianizante a los ritmos y cadencias de nuestra lengua.

A diferencia de lo que ocurre con la literatura renacentista, que adoptó modelos de la antigüedad greco-latina, la música del XVI carecía de modelos clásicos a los que imitar al no conservarse registros de la música griega ni romana. Así, por influencia de la literatura, se generaron unas formas musicales que buscaban potenciar el sentido de la palabra y, en su vertiente pagana, inclinaron a los compositores hacia los temas predilectos de la poesía renacentista, nada ajenos a los de la preferencia de nuestro poeta: el amor y el bucolismo.

Paso a paso, el Renacimiento emprenderá un proceso que conducirá a la integración de la música en la cultura humanística, de la que hasta entonces estaba excluida.

Música y poesía, que tienen en común ser ambas artes del tiempo y no del espacio, rivalizan entre ellas por conquistar su espacio de autonomía y hacer prevalecer una sobre otra su poder. Es como si la música deseara suplantar el poder significativo de la palabra y, a su vez, la palabra deseara alcanzar la libertad expresiva de la música.

Desde su misma contemporaneidad, la naturaleza melódica de los versos garcilasianos ha tentado a la inspiración de los compositores, que en buen número se han volcado en revestir de formas musicales unos versos que parecen apetecer la melodía como, en lenguaje aristotélico, la forma apetece la materia. Así, desde los tiempos coetáneos al poeta, los vihuelistas españoles Fuenllana, Daza, Mudarra y Pisador llevaron los sonetos y las églogas de Garcilaso al canto y la vihuela, instrumentos cuyo timbre conviene perfectamente al “dulce lamentar” de la poesía garcilasiana. Asimismo, Pedro Guerrero, hermano y maestro de Francisco Guerrero, escogió para su musicalización “¡O, más dura que mármol a mis quejas!”, un fragmento de la Égloga I de Garcilaso... A comienzos del siglo XX, la Égloga III sirvió de base para “Las cinco líricas”, obra para canto y piano del compositor argentino José María Castro; y, asimismo, los también argentinos Isidro Maiztegui y Eduardo Toldra compusieron sendas piezas sobre textos de Garcilaso. Los ejemplos podrían sucederse, evidenciando cómo las versiones musicales de la obra garcilasiana han proseguido a lo largo del tiempo y dando fe de la virtualidad de una obra capaz de adaptarse a las sensibilidades de todas las épocas. En tiempos bien recientes, el último disco de Miguel Bosé, “Por vos muero”, juega a entrelazar bellamente los versos del toledano con las notas del concierto número 5 “Emperador” de Beethoven.

Si en su siglo la ejecución musical del verso lírico fue una forma de refinado entretenimiento cortesano, en nuestros días ha derivado en un vehículo de goce popular incardinado como un producto más en la nueva sociedad de consumo. Ello se explica porque los sentimientos esenciales del hombre son constantes a lo largo de la historia, y las sensibilidades se conmueven de igual manera y en todo tiempo con aquellas palabras poéticas que, prodigiosamente, aciertan a recoger la chispa eterna de las emociones.

Garcilaso puede ostentar por derecho el título de ser el más moderno de nuestros clásicos, el que inauguró la modernidad en nuestra poesía y todavía sirve de diapasón para que las nuevas generaciones perciban el tono de la más depurada literatura. Sus epítetos y metáforas sirven también hoy para cantar a las nuevas musas en vaqueros (Luis García Montero “ Habitaciones separadas”) como ayer lo hicieron a las damas románticas y más atrás alabaron las gracias de las espléndidas cortesanas que jugaban a disfrazarse de ninfas y pastoras (en El Quijote aparecen dos jóvenes ataviadas de pastoras que se dirigen a representar una égloga de Garcilaso). Todavía hoy, el dulce lamentar de sus endecasílabos consigue conmover a los lectores con asombrosa perennidad, y su puro y elegante estilo bañado de naturalidad, la índole amorosa y doliente de su poesía y el juvenil carisma de su figura convierten a Garcilaso en uno de los protagonistas más entrañables de nuestra historia

literaria. Ni en nuestra literatura ni en la de allende son fáciles de encontrar ejemplos de autores como él, invulnerable a los ultrajes del tiempo, cuya valoración ha seguido inalterada en el correr de los siglos.

El movimiento pendular de las modas, con su tendencia a los experimentalismos centrífugos, tiene en Garcilaso el eje de equilibrio de la mejor tradición literaria. Garcilaso no es un clásico fosilizado en una hornacina sino una voz viva que compite con las voces contemporáneas en llenarnos el alma de emociones. Y cuando muchas de las estéticas modernas se encuentren cubiertas de polvo en los rincones del olvido, aún los sonetos, las canciones y las églogas garcilasianas seguirán siendo visitados por nuevas generaciones de lectores conmovidos. “Aquellos que llamarán antiguos a estos tiempos”, seguirán llamando moderno a Garcilaso.

Según el oportunismo de los tiempos y las intenciones de cada cual, de Garcilaso se ha ensalzado ora el concepto de guerrero imperial, ora el perfil de poeta enamorado. Pero si bien ambas facetas conformaron su biografía, no lo hicieron en la misma proporción ni con el mismo anhelo. Si Garcilaso empuñó las armas fue con la resignación recalcitrante del “conducido mercenario”: “Ejercitando, por mi mal, tu oficio,/ soy reducido a términos que muerte/ será mi postrimero beneficio”. Y si manejaba con igual maestría “ora la espada, ora la pluma”, no es menos cierto que cuando podía inclinarse del lado de su vocación se retiraba a escribir sonetos de amor y ensañaciones bucólicas anhelantes de paz y de belleza..

Por el terso y soleado paisaje de la obra garcilasiana no se advierten anfructuosidades épicas ni oscurantismos religiosos. Para bien o para mal, su obra se truncó antes de que el primer Renacimiento, lleno de luminosas expectativas, se eclipsara por la sombra de Trento. No es su mundo poético el hosco y trágico de las hogueras inquisitoriales, de la opresión y de la intolerancia que observa a su alrededor, sino un ámbito idealizado donde reina el sueño escapista de un poeta rodeado de una realidad en gran parte desabrida. Desde esa perspectiva, su llamativo silencio en temas religiosos puede que nos esté informando soterradamente de las inquietudes de quien sabemos que, en el prelude de la represión contrarreformista, gustó de rodearse en Italia de amigos erasmistas y luteranos.

Ni un solo verso escribió Garcilaso de carácter teológico más allá de las convencionales deidades olímpicas. Sus versos sencillos y bellos están poblados de la candorosa iconográfica de un Botticelli y del erotismo cortesano de un Tiziano, pero también, si se sabe escuchar, en ellos suenan melodías de vihuela y cadencias de arpa como pulsadas por la mano de Orfeo. “Garcilaso es una armadura heroica llena de música”, ha dicho Francisco Umbral, para quien sólo Garcilaso y Rubén Darío, a la cabeza de unos pocos, salvan a la literatura española de su cíclica sequía musical, “porque la música se ausenta periódicamente de nuestra poesía”.

La poesía de Garcilaso tiene frescura intemporal a prueba de siglos y en el nuestro sigue representando el espíritu de la más pura modernidad. El paisaje bucólico donde Salicio y Nemoroso cantan sus amores debajo de una alta haya, en la orilla de aguas puras y cristalinas, puede inscribirse en los anhelos ecologistas del urbanita de hoy. En la devoción del poeta por

su Elisa está presente el fervor feminista. En los sonetos de Garcilaso está el “carpe diem” de Horacio y el “collige, virgo, rosas” de Ausonio, vigentes como nunca en nuestros días. Y está también el tipo de varón “metrosexual” en la estampa de un Garcilaso capitán de los tercios imperiales que llora sus desamores sin asomo de pundonor machista: “Con mi llorar las piedras se enternecen/ su natural dureza y las quebrantan”. En su día, Garcilaso fue un viajero culto, laico y hedonista que paseó por una Europa más o menos unida bajo la enseña del emperador Carlos. Y porque vivió la crudeza sangrienta de la guerra, amaba la paz como el más furioso pacifista de hoy.

Su poesía deja oír los lamentos del poeta forzado a ser soldado, y ningún alegato hay más antimilitarista que su estampa de poeta que escribe églogas y sonetos a la sombra de los cañones. La lectura de las églogas llega al corazón de los hombres de hoy —salicios urbanos—, por la actualidad y vigencia de su mensaje: El candor ecologista de su escenario es el sueño de algunos spots publicitarios; su dialéctica del amor y el desamor es la eterna canción de los corazones; la masculinidad se aborda con sensibilidad desprejuiciada, la amistad es el refugio consolador de las almas y su discurso, lejos de ser heroico, constituye la queja antimilitarista de un objetor de conciencia.

Garcilaso nos hace una advertencia ecológica: el hombre es uno con el paisaje y, por supuesto, con los animales: “...cuyas ovejas, del cantar sabroso, estaban muy atentas, los amores de pacer olvidadas escuchando”. Y hasta dedica un soneto a comparar su propio mal de ausencia con los de los de un can que ha perdido a su amo: “Movióme a compasión ver su accidente;/ díjeme, lastimado: “ten paciencia,/ que yo alcanzo razón, y estoy ausente”. El paisaje con el que sueña el hombre moderno es el paisaje en el que toman asiento Salicio y Nemoroso, las ninfas garcilasianas asoman en los folletos turísticos y van incluidas en el paquete de las agencias. No digamos los rústicos ocios al borde del agua, sea de piscinas o de corrientes puras y cristalinas... El urbanita de hoy se traza como proyecto ideal de futuro un mundo que es, aunque no haya caído en la cuenta, una égloga de Garcilaso.

Hay que convenir con Francisco Umbral en que Garcilaso es “una armadura llena de música”, pero no una armadura-metáfora para la guerra sino metáfora de eternidad, de duración, de permanencia.